

LA VOZ VIOLENTADA

Arantza Fernández de Bergia

Me desperté ebrio de la emoción. Con los ojos cerrados empecé a mover las manos, los codos, las articulaciones y los músculos... Nada. Todo estaba igual. Seguía siendo un tibio humano. La vergüenza me crucificó un largo rato a las sábanas, hasta que por fin pude contraer los pulmones, jalar el húmedo aire de la habitación y saltar torpemente de la cama. ¿Cómo iba a ver a mis padres con este par de ojos tan humanos? ¿Cómo iba a abrazar a mi hermana con esta piel tan ligera? ¿Cómo iba a soportar vivir con esta sangre tan caliente?

Desayuné, regresé a mi habitación y me alisté para ir a la escuela. No podía. Mi carne me pedía a gritos dejar de ser carne. Tuve que acostarme en el suelo un momento, y en seguida empecé a imaginar cómo sería cargar con un caparazón rígido, qué tan duro sería mi vientre... Recordé a mis amigos. Mateo fue el primero, le siguieron Otto y Emil, y por último, Hugo. Sólo quedaba yo. Me querían, pero yo era el único diferente, me veían como un humano

raro y lentamente nos fuimos distanciando. Esa mañana decidí tomar al bicho por las antenas. Me despedí de mis padres con voz aún humana y me dirigí a la papelería más cercana. Compré pintura gris y negra, papel maché y todo lo necesario para convertirme en insecto. Pasé todo el día creando el caparazón, las patas, el vientre, las antenas, los ojos... Practicar la voz fue un reto, pero logré transformarla en un sonido confuso y estridente. Me arrastré felizmente a casa. Ya quería escuchar los halagos de mi madre, las felicitaciones de mi padre, ya quería las risas y el brindis. Y así fue. Mis padres invitaron a todos los vecinos, amigos y familiares para celebrar mi logro. Nadie notó que seguía siendo humano y, a momentos, a mí también se me olvidaba que debajo del papel y de la pintura y las mentiras y la voz transgredida yacía un cuerpo tibio y frágil. Debajo de lo que quería ser, seguía lo que realmente era. Pero no me importó perderme, ni me importó olvidar mi voz. Por fin era lo que todos querían que yo fuera.

Editorial

Vania Lorette

Plácida e inmersa en un tenebroso sueño, Lammadame se encuentra oculta dentro de una mina de diamantes, a merced de una lámpara mágica, dibuja una boa digiriendo un elefante, persigue al conejo blanco hasta tierras remotas y, además, es parte de la decoración de una casa de jengibre. Esta vez, Lammadame también se disfraza para conocer un universo aleatorio al cotidiano, uno temerario, estrambótico, desafiante, sagaz. Cuando uno es pequeño, decepcionado por la falta de exaltaciones en un mundo monótono, manipula la realidad y la recrea para transformarla en una totalmente distinta. Así, cada relato explora matices ajenos a los habituales, desde la perspectiva sinuosa hasta el lado afable de un escenario alborotado.

Por eso, esta edición propone el retorno a ese universo con el fin de que, aunque sea por unos instantes, el lector encuentre en sus páginas la forma de revivir esa etapa una y otra vez.



COLECTIVO LAMBDA

Lammadame

Editores

Diego Darcon
Vania Aguilar

Ilustraciones

Luciana Mazotti
Andrea Grain Hayton

Coeditora

Tabatha Castellano

Consejo editorial

Misael Carbajal
Abdul Bornio

Narrativa

Jorge Rodríguez
Arantza de Bergia

Historia del Arte

Hebe Garibay

Diseño

Andrea Grain Hayton

lammadame@casalamm.com.mx



CUANDO EL LUTO SE VISTIÓ DE GRIS

Inés Martínez

Desde el día que papá murió, la casa se llenó de neblina. Empezó como algo chiquito. Mi hermano fue el primero en notarlo

—Mira —le decía a mamá—, los portaretratos tienen neblina alrededor. Mi madre sólo miraba pero no decía ni una palabra. Apenas parecía estar ahí.

Lo siguiente en infestarse fueron las camas. Cada noche tenía que sacudir la almohada por recomendación de mi abuela: no vaya ser que la neblina te entre por el oído y se instale en tu cabeza o peor, en tu corazón. Poco a poco toda la casa sufrió la misma suerte: los pasillos, la cocina, los cuartos, hasta la ropa se llenó de neblina. Tuvimos que comprar lámparas para no tropezar con los muebles. Mi hermano y yo nos distinguíamos, pero mi madre no. La neblina la cubrió por completo.

Un día, sin querer, le pise un dedo. Estaba tirada en el piso, pero no gritó, ni dijo nada. Vivíamos dentro de un espesor infinito que parecía no tener fin. Si abríamos la puerta, la luz del sol se perdía a centímetros. Cuando llegaba la noche, la oscuridad era densa, triste, silenciosa. Los niños de la cuadra

LA FERIA

Tabatha Castellano

Rodolfo era un pato. Nació en un lugar oscuro, sucio y con poca ventilación. Su madre, una pata blanca muy guapa, estuvo con él por poco tiempo: el señor del bigote se lo llevó a un campo desconocido lleno de luces y ruidos chillones; se llama Roberto. Los chillidos eran gritos de alegres niños que asistían a un gran evento.

Luisa era una niña de cabello castaño ligeramente ondulado. El día de su cumpleaños asistió con su padre a la feria. Al entrar se dirigieron directamente a la sala de juegos. Roberto anunció el inicio del concurso. Era simple, cada participante apuntaba una pistola de agua hacia un tiro al blanco lejano; gracias a su buena puntería, ganó el concurso y fue así como Rodolfo llegó a sus manos.

El patito amarillo vivió en el jardín de la casa. Ella lo cuidó desde que el plumaje en la parte superior de su cuerpo cambió a negro, hasta que finalmente adquirió su hermoso blanco, un pico naranja y unas lindas patas que combinaban.

Una tarde de invierno Luisa volvió de la escuela y no encontró a Rodolfo. Al preguntar por él, su madre le contestó que lo habían llevado a bañar.

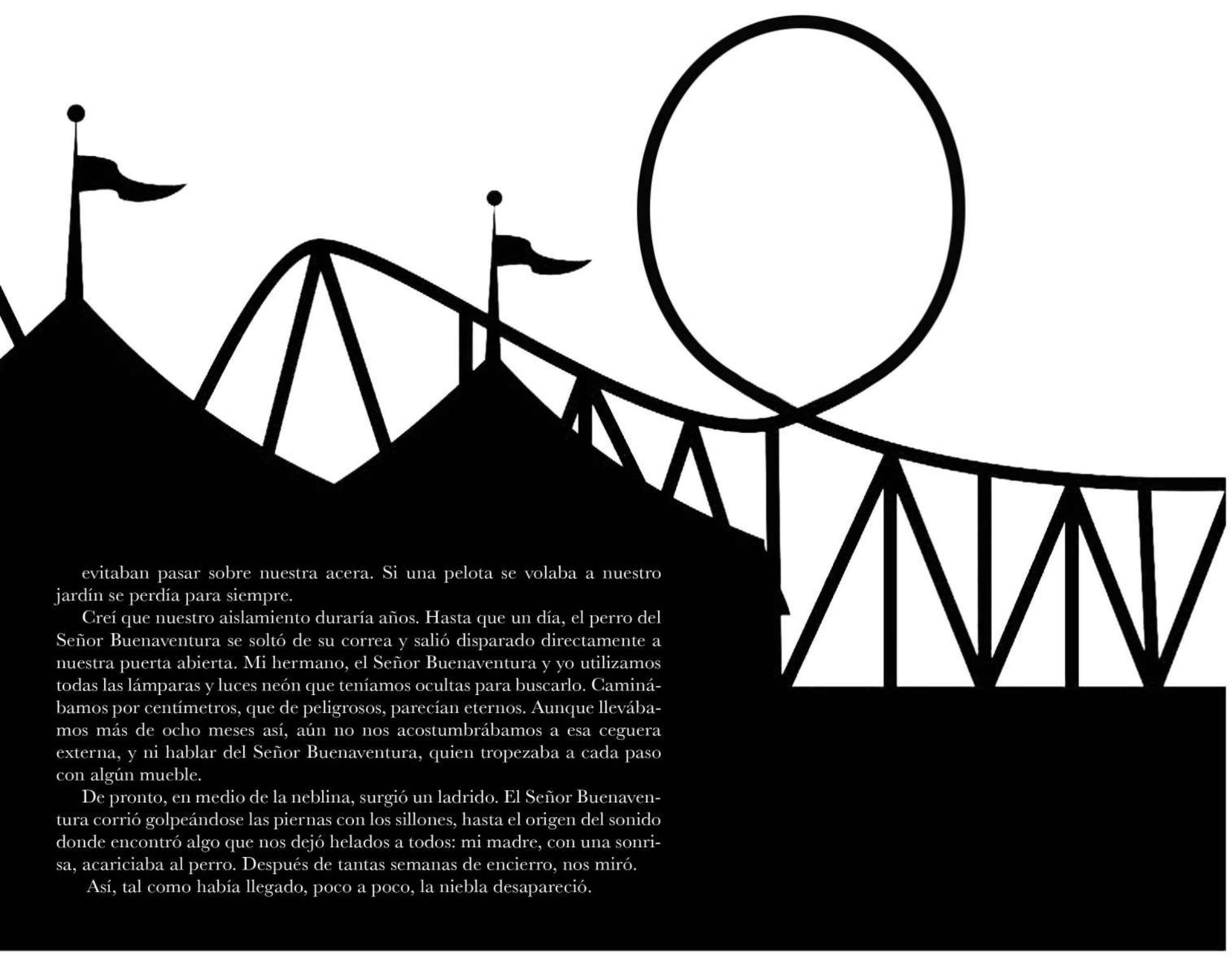
—Luisa, ve a bañarte que pronto llegaran los invitados

Bajó a la hora de la cena y tomó asiento junto a su primo más joven; tomados de las manos, dieron gracias por el manjar y finalmente comieron como desesperados.

Al siguiente día, Luisa salió al jardín a recibir a Rodolfo, pero él nunca llegó. Corrió hacia su nana y le preguntó:

—Isa, ¿por qué todavía no llega Rodolfo de la peluquería?

—¿De dónde? No, mijita, esos lugares no existen. Rodolfo ya no está aquí, ¿qué no ves que ayer se lo cenaron?



evitaban pasar sobre nuestra acera. Si una pelota se volaba a nuestro jardín se perdía para siempre.

Creí que nuestro aislamiento duraría años. Hasta que un día, el perro del Señor Buenaventura se soltó de su correa y salió disparado directamente a nuestra puerta abierta. Mi hermano, el Señor Buenaventura y yo utilizamos todas las lámparas y luces neón que teníamos ocultas para buscarlo. Caminábamos por centímetros, que de peligrosos, parecían eternos. Aunque llevábamos más de ocho meses así, aún no nos acostumbábamos a esa ceguera externa, y ni hablar del Señor Buenaventura, quien tropezaba a cada paso con algún mueble.

De pronto, en medio de la neblina, surgió un ladrido. El Señor Buenaventura corrió golpeándose las piernas con los sillones, hasta el origen del sonido donde encontró algo que nos dejó helados a todos: mi madre, con una sonrisa, acariciaba al perro. Después de tantas semanas de encierro, nos miró.

Así, tal como había llegado, poco a poco, la niebla desapareció.



HERGÉ:

EL CAMINO DE UN ESCRITOR

Por Asmara Gay

Uno de los pioneros del cómic, tal como hoy lo conocemos, fue el ilustrador belga Georges Remi (1909-1983), alias Hergé (Remi escogió este seudónimo por ser ésta la pronunciación francesa de sus iniciales invertidas, R.G.), con sus famosas Aventuras de Tintín. Encargado de ilustrar varias secciones del periódico católico *Le XXe Siècle*, se le confió la responsabilidad del suplemento infantil semanal *Le Petit Vingtième*, cuyo primer número salió de la imprenta el 1 de noviembre de 1928. Un par de meses después, el 10 de enero de 1929, aparecería finalmente el periodista, boy-scout y casi adolescente Tintín en dicho suplemento. En su primera historia, Tintín es enviado a Moscú para resaltar los defectos del bolchevismo (tal idea le fue encargada a Hergé por Norbert Wallez, el director de *Le XXe Siècle*, un sacerdote enérgico y situado tenazmente en la derecha). Tintín nace en blanco y negro, a semejanza del cine de aquella época, está más gordito que el que conocemos, sus zapatos son más pesados, la tela de cuadros de su pantalón de golf está pasada de moda y aparece con su fiel perro Milú, un fox-terrier que tiene la capacidad de hablar.

Para elaborar la trama y diseñar las viñetas de la historia, Hergé realizó una gran labor de estudio acerca del contexto social, político y económico que vivía Rusia y se documentó con fotografías, pues, a pesar de lo que se podría creer, Hergé no viajaba al país donde Tintín tendría su aventura. En el caso de la primera, Tintín en el país de los soviets, su fuente principal para mostrar el estado de la Rusia socialista fue el libro de Joseph Douillet, *Moscou sans voiles* (1928), libro que denunciaba los vicios y las torpezas del régimen bolchevique. Fue de este libro del cual Hergé sacó sus personajes y adaptó pasajes enteros donde se muestran “elecciones” unánimes a punta de pistola o fábricas socialistas que trabajan las veinticuatro horas del día, mientras obreros y campesinos mueren de hambre levantando la bandera del paraíso rojo. La acción narrativa es veloz y conforme la ilustración aparece en *Le Petit Vingtième* la secuencia se vuelve algo caótica, sobre todo porque su autor no tenía un argumento definido. Dice Hergé:

Yo mismo iba a la aventura, sin ningún argumento, sin plan alguno: era un trabajo semanal. De hecho, ni yo mismo lo consideraba un verdadero trabajo, sino como un juego, como una farsa. Le Petit Vingtième aparecía los miércoles por la tarde y a menudo el mismo miércoles por la mañana todavía no sabía cómo iba a sacar a Tintín de la comprometida situación en que lo había metido la semana anterior.

que hace que el joven reportero se meta en varios conflictos. Por estas imperfecciones, Hergé consideraba que su primera aventura era “un pecado de juventud” y evitó por muchos años su reedición. Fue hasta 1973, con la proliferación de las ediciones piratas, que el autor belga decidió volver a publicar esta historia.

Sin embargo, es gracias a estos defectos que podemos observar el crecimiento de Hergé como narrador. De historias improvisadas, falta de coherencia narrativa, lugares comunes y un personaje periodista que prácticamente no escribe nada, pasamos a la maduración en su composición literaria en *Los cigarros del faraón*. Ahora Tintín es más detective que reportero, está de vacaciones y emprende un viaje, por crucero, a Oriente. En el barco conoce al egiptólogo Filemón Ciclón y es acusado de tráfico de drogas por los agentes de la Interpol X33 y X33bis (llamados más adelante Dupond y Dupont, o Hernández y Fernández en la versión española). Estos representan la legendaria torpeza de la policía (destacada desde Poe en los relatos policíacos), que en vez de ayudar a que se resuelva una investigación complican más las cosas, aunque, en términos del relato,



esto aporte una buena dosis de humor a las narraciones. En esta aventura aparece también Roberto Rastapopoulos (que había aparecido al final de *Tintín en América*) y quien, a semejanza del Moriarty de Sherlock Holmes, es el enemigo más importante de Tintín y simula su muerte cayendo por un precipicio del Himalaya. Además, hay elementos más complejos que fortalecen la narración: símbolos (como el del faraón Ki-osk que aparecerá en todo el viaje por Oriente de Tintín y será una de las claves para que éste descifre lo que sucede), jeroglíficos (que apoyan el contexto en el que se sitúa la historia y que muestra el creciente interés de Occidente por los descubrimientos arqueológicos), onirismo (que si bien se proyecta a partir de una ingestión no intencional de opio por parte de Tintín hace que recuerde-

mos las ideas acerca de los sueños de André Breton), misterio (porque los elementos en esta travesía parecen discordantes porque Hergé dosifica la información de la historia, no obstante, la conexión de todo lo que aparece se descubrirá al final de la aventura) y drama (no sólo por la acusación de drogas que pesa sobre Tintín, sino porque el mundo caótico por el que va pasando este personaje es adverso creando de esta forma una atmósfera algo asfixiante).

Durante la ocupación nazi de Bélgica, las aventuras de Tintín cambian de nuevo y es cuando alcanzan su mayor fama, fundamentalmente por la incorporación de nuevos personajes: la cantante Bianca Castafiore (El cetro de Ottokar), el capitán Archibaldo Haddock (El cangrejo de las pinzas de oro), el excéntrico y sordo profesor Tornasol (El secreto del unicornio y el tesoro de Rackham el Rojo), además de otros menos constantes como su entrañable amigo Chan (El loto azul, Tintín en el Tíbet). De entre todos estos personajes, el más importante, que incluso le roba cámara a Milú, es el neurótico, salvaje y patético, alcohólico, capitán Haddock, bien caracterizado por Hergé, antes que nada, por el florido léxico timo, etnográfico y zoológico que procede de su boca:

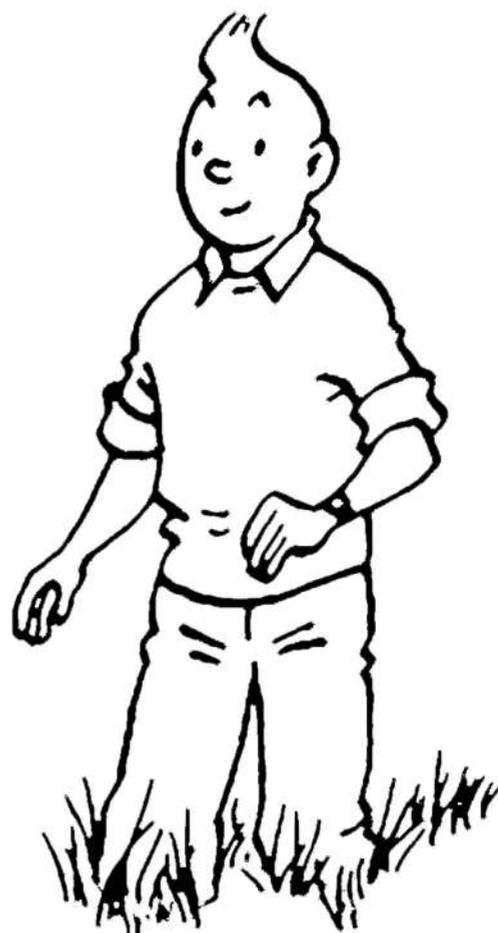


“¡Trogloditas!
¡Croquetas de
Cuscús!, ¡Granujas!,
¡Ectoplasmas!, ¡Marineros de
agua dulce!, ¡Escarabajos peloteros!,
¡Zulúes!...”.

Precisamente es en esta época que Le XXe Siècle tiene que cerrar en 1939 y Hergé comienza a publicar las aventuras de Tintín en Le Soir, un medio, abiertamente, de filiación nazi dirigido por Raymond Becker. Pero incluso en este periódico se le presentan dificultades para continuar con la saga: la escasez de papel lo fuerza a publicar Tintín como una tira diaria de tres o cuatro viñetas, en lugar de las dos páginas semanales que publicaba en Le Petit Vingtième, por lo que tuvo que manejar con mayor precisión el ritmo y la tensión narrativa, y, para evitar controversias con el nuevo régimen, Hergé compuso historias que no tuvieran que ver con la actualidad social o política del momento, así nacen La estrella misteriosa, El secreto del Unicornio, El tesoro de Rackham el Rojo, Las siete bolas de cristal o El templo del sol, relatos que, en su mayoría, son expediciones hacia lo mítico o lo histórico.

Pasada esta etapa, y con la ayuda económica y política del editor y combatiente de la resistencia Raymond Leblanc, quien evita la persecución y condena antinazi hacia Hergé, el autor puede lanzar la Revista Tintín, que consistía en dos páginas semanales de aventuras. La publicación tuvo tal éxito que llegó a tener una tirada de cien mil ejemplares semanales. De ahí en adelante todo es éxito para el escritor ilustrador, sobre todo porque, como él mismo lo afirmó repetidamente, él se representaba como Tintín (él era Tintín de la misma forma que Flaubert era Madame Bovary) y el entrañable cariño que los lectores le tenían al personaje no sólo le dio fortuna, sino que lo sacó de cualquier aprieto, como el de la persecución antinazi de posguerra.

Tintín es un referente de la cultura contemporánea y un ícono de lucha juvenil contra las injusticias y la opresión de los tiranos en cuyas aventuras conviven el realismo, la crítica, los mundos irracional e racional en los que se desenvuelven los personajes y el triunfo del bien sobre el mal (no obstante que en la saga el mal no se extinga, sino que se transforme en otro tipo de mal); pero Hergé aún no es un referente para los escritores, en términos de creación literaria y, desde mi punto de vista, esto es una pérdida, no sólo para quienes decidan dedicarse a la literatura infantil sino para los narradores en general, porque su crecimiento artístico y técnico es, a diferencia de otros autores, muy nítido, contrastante y visual a lo largo de las veinticuatro historias que conforman sus andanzas.



LA TROPA

Itzel Zárate Martínez (Maxínez)

—Aún no llega el enemigo, tropa, podemos salir —le dije al mayor.

—¿Qué haremos, señor?

—Los soldados se enfrentarán a una prueba para superar el miedo en caso de guerra.

No hubo tiempo; se escuchó la voz del gigante. Acabó con nuestros soldados Brown y Masca. Lo peor de todo fue que el mayor Milch, la teniente Chashka y yo fuimos testigos. Nos utilizó como instrumentos para exterminarlos.

El enemigo fue primero por el teniente, quien dijo:

—Hubiera preferido que terminara conmigo antes de ser utilizado como depósito de los restos de mis amigos.

Después fue por el mayor. Una parte de él quedó con nosotros.

—¿Qué quieres, gigante? No tenemos nada contra los tuyos.

No me escuchaba. El gigante le decía a su amigo que nosotros teníamos el antídoto para despertarlo. No había ningún problema, siempre y cuando no se metiera con los míos. No tuvo piedad: lanzó a Milch, contra su voluntad, hacia Brown y Masca.

—Ayúdenos, coronel Spoon. No deje que el enemigo... —gritaban los soldados.

—Lo haría si pudiera —les dije mientras me obligaban a deshacerlos con brutalidad.

El mayor y yo tuvimos la idea de bombardear al enemigo. Parte de los restos de los soldados cayó en la ropa del enemigo, quien en un ataque de ira arrojó a la teniente por el borde de la meseta. Ella y la tropa cayeron al abismo.

—Coronel Spoon, luchamos hasta el final.

Así sobrevivo en todas las batallas. A veces, el gigante toma la bebida de la victoria o limpia el desastre con su arma mortal: el trapeador.



EL BOSQUE DE LOS GIRASOLES

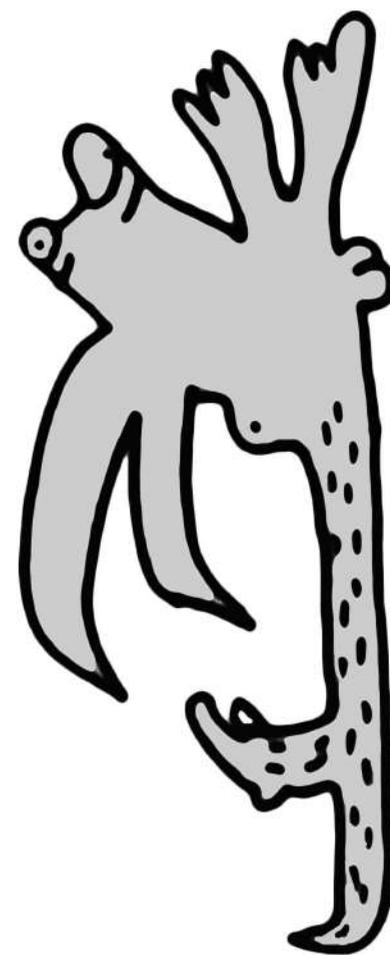
L. C. Bornio

Mi tío Leo murió hace una semana. Papá dice que terminó su misión en esta vida.

En la mañana quería ir a desayunar con él pero mi mamá dijo que ya no podría volver a verlo; no entiendo por qué lo dice. Ayer en la noche lo vi en mi cuarto, se me hizo raro porque entró por la ventana; me dio un beso en la frente y se quedó sentado junto a mi cama, dibujando mi carita; me gusta cuando hace eso, sus dedos son muy suaves y huele a libros viejos. Él es mi persona favorita en el mundo, siempre está leyendo y todas las noches me cuenta un cuento nuevo; me enseñó a leer y me dijo que aunque se fuera, si me metía al mundo de las letras, nunca estaría sola. Mi mami y yo hemos llorado mucho porque lo extrañamos, pero papá me dijo que lo único que cambiaría es que antes tenía que abrir los ojos para verlo y ahora tengo que cerrarlos; los cierro y lo veo, incluso cuando me duermo, él se mete a mis sueños y me cuenta que al fin está con su hijo en un lugar hermoso. A veces me lleva, es un pequeño bosque lleno de girasoles.

Mamá me explicó que mi tío estaba muy mal porque la diabetes había hecho que su riñón dejara de funcionar y que no hubo trasplante, si lo hubiera sabido le habría regalado uno de los míos para que se pusiera mejor. Desde que eso pasó, todos los días, cuando salgo a caminar a la calle, las personas se acercan y me dicen que lo lamentan mucho, pero no creo que puedan sentir lo mismo que yo. Ellos aún sonríen y yo no lo he vuelto a hacer desde que se fue, solo cuando lo veo en mis sueños. No logro entender cómo es que si él murió los días siguen siendo soleados ¿Por qué la gente sigue siendo feliz?

En la familia de mi mamá todo ha sido muy raro últimamente, mis tías y mis abuelos se han estado peleando entre ellos; escuché que es por la herencia; pero mi tío Leo nunca la escribió; ahora todos quieren su casa y sus autos antiguos, no entiendo porque discuten por esas cosas tontas, el verdadero tesoro de mi tío eran los libros y a nadie parecen importarles. Mi tía Lorena se quedó con la casa, planea remodelarla, por eso compró dos bodegas enormes para encerrar todos los libros, se van a poner muy tristes de que nadie los abra. Mi tío está muerto y sus hermanas se pelean por sus cosas, supongo que piensan que él se encuentra dentro de esos relojes caros, pero yo sé que está en el bosque de los girasoles.





PIJAMA DE BARCOS A MEDIANOCHE

Juan Rivera

Un niño se pone de pie frente al escritorio de su padre. Es medianoche y se ha salido de la cama; su pijama es de barcos. El padre está tecleando en la máquina de escribir y se detiene al ver la pequeña aparición; está esperando que el niño diga una de esas cosas que dicen los niños a medianoche: la noticia de una trágica incontinencia o de un ser vil debajo de la cama.

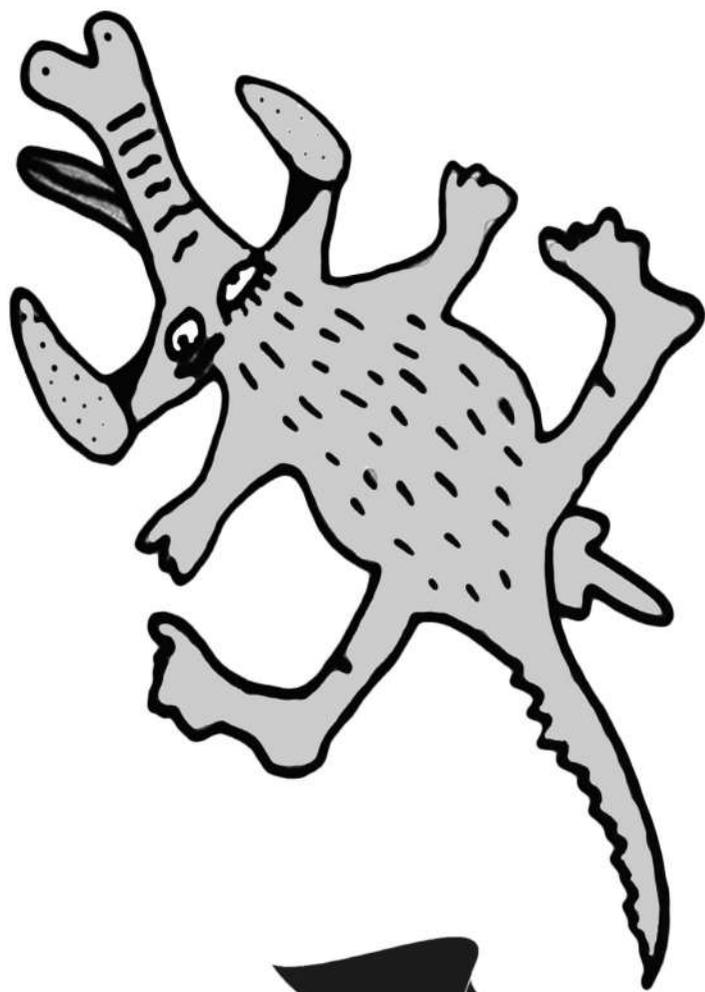
—Papá, ¿y si somos arañas?

El padre enciende un cigarrillo, más por el hábito de incienso que por ansiedad. Son tiempos en que el humo de nada hace mal todavía. El niño se distrae con el fuego un instante; luego se explica.

—¿Y si somos arañas en una esfera?

Le cuenta a su padre que las arañas que los científicos encierran en una caja de cristal viven comodísimas. Les dan de comer y ellas hacen lo suyo igual que si estuvieran en una bodega abandonada. Las arañas que los científicos encierran en una esfera de cristal, en cambio, se vuelven locas. La ausencia de esquinas las fulmina: no tienen de dónde colgar sus telas. Y aunque les den de comer y la temperatura sea indicada, ellas pierden la cordura; se pasean de un lado para el otro hasta que se tiran en donde sea y una por una sus patas se encogen.

—¿Y si somos arañas en este planeta redondo? —dice el niño, y el hecho de que su pijama sea de barcos toma de pronto un significado particular.



UN JUEVES POR LA TARDE

Andrea Grain Hayton

Godzilla se quería comer el techo del salón en el que estábamos. Comenzó a agrietarse la cenefa en la esquina superior del techo. Si se caía el recinto a pedazos ya no habría donde escondernos y Godzilla saciaría su hambre con nosotros. No podíamos ver al gran reptil pero sabíamos que en cuanto esa grieta se convirtiera en un hoyo aparecería su mandíbula destructora.

—¡No se levanten de sus pupitres!— gritaba la maestra, recargada en la puerta del salón preparada para ser la primera en salir si la cosa empeoraba,— este edificio es muy viejo y de concreto resistente. No nos pasará nada aquí dentro- se notaba enseguida que estaba asustada.- Sigán con su examen.

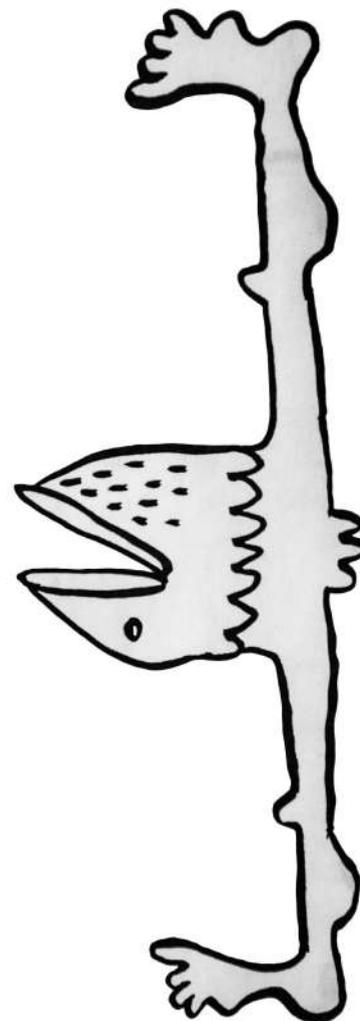
No sabíamos si hacerle caso o salir de esa habitación a refugiarnos en otra parte, estaba en juego nuestra calificación final. Todos miramos a la grieta, pero los lápices seguían en las manos y los papeles en blanco. Resultaba muy difícil concentrarse sabiendo que Godzilla despedazaba el techo para alcanzarnos y comernos a todos. Al menos yo estaba atorada en la pregunta seis: Menciona los tres tipos de columnas de la antigua Grecia.

Pensé: Cori... cori... ¿corintio?, ¿dórico?...

Un bloque de cemento se desplomó y aplastó a la maestra. Todos gritamos y corrimos a la esquina contraria del hoyo por donde Godzilla empezaba a encajar su hocico. El derrumbe había bloqueado la puerta, estábamos atrapados. Aproveché el desconcierto para ver el examen de mi compañero, él ya tenía la respuesta a la pregunta seis, pero ya no la copié porque todos empezaron a arrojar sus lápices a Godzilla para defenderse, hice lo mismo.

Por un momento creímos haber logrado que se alejara pero después de un corto silencio metió su mano, me agarró por la cintura y me sacó del salón por el hoyo. Estaba a punto de arrojarme a su boca cual bocadillo, pero aún venía la hoja de mi examen en la mano, lo arrugué hasta formar una bolita y se la arrojé con toda mi fuerza. Le picó el ojo y me soltó para tallárselo.

Estrellarme contra el suelo fue doloroso pero me levanté en seguida y corrí lejos de la escuela. Después de todo, estaba casi segura de que el examen se pospondría.



EL JARDÍN DE LAS MASCOTAS

Diego Darcon

Catorce han sido los días desde que la tortuga del pequeño Alexander explotó. Y siete desde que despertó y se dirigió al cuarto de sus padres para suplicarles por una nueva mascota; suficiente tiempo para curar los sentimientos aplastados del niño. Esa cara de felicidad, tan energética como siempre, ha vuelto y se siente lista para cuidar de un nuevo compañero. Ni su cuyo, Tritón, ni su conejo, Kitkat, aparecieron para animarlo durante su triste semana; fue tanto su disgusto que ni siquiera se molestó en pensar en ellos como remplazo de su tortuga explosiva para dormir en la pequeña cama a un lado de su litera.

Alexander pasa el resto de la tarde de un lado a otro en la casa, hasta ver la luna levantarse y alcanzar la cima del cielo. Entonces su madre decide que es hora de ir a la cama, pero no sin antes verlo lavarse los dientes y acabar su tarea. Terminado los deberes, le ordena irse a dormir. El pequeño se mantiene despierto. Ve las siluetas de sus padres pasar por debajo de la puerta una y otra vez, hasta quedarse dormido.

La mañana ha llegado. Lo primero que aparece frente a él es una nueva tortuga; más grande y verde esta vez. El niño salta de la cama, corre hasta el pequeño terrario donde la sustituta se encuentra paseando y la lleva al jardín para mostrarle cada juguete en su caja de arena. Risotto, como la ha llamado, intenta alejarse de los brazos del pequeño. No parece tan alegre del enorme afecto que éste le da. Alexander la abraza más fuerte, pero después de un par de minutos se aburre y la deja sobre el pasto para que dé una vuelta por su cuenta mientras él juega. Pasan sólo tres minutos para que Risotto desaparezca, y sólo nueve antes de que se percate de su ausencia.

Se levanta. Corre hacia el taller de su padre, pero enseguida decide dar media vuelta y correr de vuelta al jardín. Sabe que el pequeño animal puede estar, al igual que su anterior mascota, en los límites de la casa, donde la zona peligrosa comienza. Corre tan rápido como puede, ignorando la silueta de su padre que lo sigue para detenerlo; éste logra tomarlo del pecho antes de cruzar la valla y lo obliga a retroceder. Lo levanta y aleja cuanto puede.

El niño se asoma por la espalda de su padre. Ve al desprevenido Risotto caminar por el denso bosque. Contempla a la tortuga con lágrimas; suplica por que el desafortunado animal logre encontrar el camino a casa. Pero esa esperanza se pierde en el momento en que se escucha un clic sobre la tierra y al segundo siguiente la tortuga desaparece en un torbellino de fuego y tierra. Todo tiembla; la mina ruge.

La pequeña tortuga ha corrido con la misma suerte que los conejos y erizos del último mes. Y puede que el padre, que yace boca abajo protegiendo a su hijo, corra el mismo destino tras aquella violenta sacudida que ha dejado una delgada capa de rojo sobre la tierra que oculta al jardín de las mascotas.

